



ORDO FRATRUM
MINORUM

CARTA DEL MINISTRO GENERAL

*a todos los postulantes, novicios y profesos temporales
de la Orden de los Hermanos Menores*

con motivo del VIII centenario
del Tránsito de San Francisco

1226 — 2026
Franciscus
Ochocientos años de la muerte de San Francisco

La Verna, 17 de septiembre de 2026
Fiesta de los Estigmas de San Francisco

Queridos hermanos,

¡que el Señor os dé paz!

Os escribo en el día en que, hace más de ochocientos años, aquí en La Verna, el Señor imprimió en el cuerpo de Francisco los signos de su Pasión. Desde esas heridas hasta el Tránsito, que celebraremos dentro de unas semanas, discurre un único camino: el de un hombre que dejó a Cristo la última palabra sobre su propia vida.

Quiero llegar a cada uno de vosotros —postulantes, novicios y profesos temporales— pensando en vuestros rostros y en las preguntas que lleváis en el corazón. Sois el rostro joven de la Orden. A través de vosotros, el Señor sigue llamando a hombres que desean vivir el Evangelio tal y como se lo reveló a Francisco.

Celebrar el Tránsito no significa solo recordar el día de la muerte de Francisco. Significa contemplar una vida entregada por completo. Tras haber recorrido hasta el final el camino del Evangelio, Francisco entra en el abrazo del Padre. Por eso, el Tránsito no pertenece solo al pasado: señala la meta hacia la que camina cada hermano menor. No es el éxito, ni el prestigio, sino la plena comunión con Dios.

El legado que Francisco deja a los hermanos no es un programa ni una organización, sino el Evangelio vivido, su bendición y una fraternidad. Eso es lo que recibís hoy.

Quedaos con Cristo

«Desead tener por encima de todo el Espíritu del Señor y su santa obra» (Rb X,8): con estas palabras, Francisco resume lo que es lo primero. Cuanto más aprendáis a permanecer en el Señor, más sabréis vivir como hermanos. Vuestra vocación no nace de un proyecto personal, sino de una mirada que os ha alcanzado y que sigue pidiéndoos que lo dejéis todo: *«Una sola cosa te falta: ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ¡y ven! Sígueme!»* (Mc 10,21).

Si esta mirada se debilita, la fraternidad pierde su centro y la misión corre el riesgo de convertirse solo en una actividad.



Vivimos en una época que reclama continuamente nuestra atención. Por eso, un hermano debe aprender a detenerse. Cuidad la oración personal, la Eucaristía en la que Cristo se entrega, la Liturgia de las Horas que os une a la invocación de la Iglesia. Deteneos ante la Palabra y buscad el silencio de la adoración; y, como Hermano Francisco cuando volvía a los eremitorios, reservad momentos de desierto.

El silencio no es vacío: es el lugar donde Dios habla al corazón.

La vida en el Espíritu no nos aleja de los hermanos; nos hace capaces de amarlos. Francisco salía de los eremitorios con una mirada renovada, capaz de reconocer en cada criatura a un hermano. La contemplación alimentaba su misión. Así será también para vosotros.

«El Señor me dio hermanos»

«El Señor me dio hermanos» (Test. 14). Así, en el Testamento, Francisco recuerda el momento en que todo comenzó. Y cuando pidió que lo llevaran de vuelta a la Porciúncula, quiso volver al lugar donde el Señor había reunido a su alrededor a los primeros hermanos.

No dice: «Yo los elegí». Los reconoce como un regalo recibido.

Para vosotros también será así. Los hermanos no siempre tendrán vuestro carácter ni vuestras ideas. Algunos os entenderán enseguida; otros os pondrán a prueba. Y, sin embargo, cada uno es un regalo confiado a vuestra vida. No entréis en la Orden para construir un mundo a vuestra medida, sino para dejaros transformar por el encuentro con hermanos que quizá no habríais elegido. Es aquí donde aprendemos a escuchar antes de hablar, a pedir perdón antes de justificarnos, a llevar juntos el peso de nuestras fragilidades mutuas. Las fraternidades no crecen evitando todas las dificultades, sino atravesándolas a la luz del Evangelio. Tened el valor de construir hogares donde se pueda confiar los unos en los otros, donde nadie se sienta juzgado ni abandonado. También por esto el mundo reconocerá la credibilidad de nuestro mensaje.

Un corazón maduro y libre

La gracia no sustituye nuestra humanidad: la transfigura. En Francisco se ve hasta el final: a su alrededor, mientras agoniza, están fray León, fray Bernardo, fray Ángel y fray Rufino, «fray» Jacopa —un hombre que sigue amando con libertad y ternura—. No os convertiréis en buenos hermanos a pesar de lo que sois, sino a través de lo que sois.



Por eso, la formación quiere ayudaros a convertirlos en hombres reconciliados con vosotros mismos, capaces de conocer vuestro corazón: los deseos que os habitan, los miedos, las heridas, lo que os impulsa a seguir adelante y lo que os frena.

No tengáis miedo de vuestra historia, ni siquiera de la familiar, ni siquiera de sus páginas más duras. Llevadla a la oración y al acompañamiento. Lo que se acoge y se integra se vuelve fecundo; lo que permanece oculto, con el tiempo, pesa.

Preguntaos a menudo: ¿qué tipo de hombre está formando el Señor en mí?

La afectividad no es un obstáculo para la consagración. La castidad no exige un corazón frío, sino un corazón libre: capaz de amar a muchos sin poseer a nadie. Construid amistades sanas, que no sean ni fusión ni aislamiento.

Aceptad que necesitáis a los demás. Dejar que os conozcan, os acompañen e incluso os corrijan no es debilidad; es madurez.

Quien reconoce que lo ha recibido todo como un regalo, difícilmente pierde la alegría de su vocación.

Llegarán la soledad, el cansancio, los malentendidos, las pruebas. Será fácil buscar refugio en el activismo o detrás de una máscara espiritual. El acceso y el uso de las redes sociales parecen anestesiar este vacío. Se nos pide que crezcamos en la libertad responsable para aprender a vivir en este espacio digital. Pero un hombre maduro no es aquel que no siente nada: es aquel que sabe llevar lo que vive ante Dios y con los hermanos.

Fijaos de nuevo en Francisco. Enfermo, casi ciego, herido también por lo que en la Orden no había salido como esperaba, no se encierra ni se endurece. Bendice. Canta. Llama «hermana» incluso a la muerte. Es el fruto de un corazón reconciliado.

Sed verdaderamente menores

Esta libertad interior tiene un nombre que está en el corazón de nuestra vocación: hacernos menores.

En los últimos instantes de su vida, Francisco pide que lo depositen desnudo sobre la tierra desnuda. No es solo un gesto de pobreza: es el último acto de una vida que lo devuelve todo al Padre.

Ser menores significa no quedarte con nada para ti, elegir el último lugar porque es el lugar que Cristo ha elegido.



La cultura en la que vivimos nos empuja constantemente a llamar la atención, a afirmarnos, a buscar reconocimiento. Ni siquiera la vida religiosa es inmune a esta tentación. Por eso, cuidad la minoridad como un bien precioso.

Se aprende a ser menor en las cosas sencillas: en los servicios ocultos, en el trabajo compartido, en las correcciones aceptadas con humildad, en dejarte ayudar sin vergüenza.

El pueblo de Dios olvidará muchas de nuestras palabras, pero difícilmente olvidará a un hermano que sabe escuchar, compartir la vida de los pobres y caminar junto a los últimos.

Francisco reconoció el rostro de Cristo en el abrazo del leproso. También vosotros lo encontraréis allí donde el mundo pasa de largo: en los pobres, en los enfermos, en los que están solos, en los que buscan un sentido a la vida. Dejaos evangelizar por ellos.

Una Orden que habla todos los idiomas

Pertenecéis a una fraternidad que traspasa las fronteras de las Provincias y Custodias, de las naciones y las culturas. Es uno de los mayores dones que el Señor ha confiado a nuestra Orden.

No os dejéis encerrar en horizontes demasiado estrechos. Aprended, ya desde los años de formación, a sentirnos hermanos de toda la Orden, incluso antes que de una Provincia o una Custodia.

La internacionalidad no consiste simplemente en vivir con hermanos de otros países. Es dejarse convertir por el otro. Interesaos por la cultura de vuestro hermano, aprended algunas palabras de su idioma, escuchad la historia de su pueblo.

La unidad no surge borrando las diferencias, sino dejando que el Espíritu las transforme en comunión.

Francisco soñaba con hermanos enviados al mundo como hombres humildes, sin pretensiones de dominio, capaces de tratar a todos con respeto. Ese sueño sigue vivo cada vez que una fraternidad se convierte en hogar para hombres de diferentes pueblos y en signo de una Iglesia verdaderamente católica.

Una fraternidad que evangeliza

«Mirad, os envío» (Mt 10,16). La misión no empieza cuando os asignen un destino. Empieza hoy mismo.



Una fraternidad reconciliada ya es Evangelio. Por la forma en que os miráis, os escucháis, os corregís y os apoyáis, ya empieza vuestra misión.

Un día os enviarán a predicar, enseñar, acompañar y servir. Algunos partiréis hacia otros continentes; otros os quedaréis en vuestra tierra. Pero la primera misión es dejaros enviar.

El mundo espera hermanos capaces de habitar las fronteras: las geográficas, pero también las humanas, culturales y espirituales. Hoy estamos llamados a cruzar también las fronteras digitales, incluidas las de la inteligencia artificial. Son decisivas en el cambio de época que se está produciendo y nos exigen mucha atención. En todo esto, estamos llamados a convertirnos no en hombres que defienden un espacio, sino en hermanos que abren caminos de reconciliación y de paz.

No tengáis miedo de entregar vuestra vida. La Orden no necesita ante todo especialistas, sino hombres evangélicos. La Iglesia necesita vuestra generosidad; el mundo, vuestra esperanza.

Caminad con alegría

Muchos os mirarán para ver si vale la pena seguir a Cristo. No será la perfección lo que os dé credibilidad, sino la esperanza.

La alegría franciscana no nace de la ausencia de pruebas: nace de la certeza de que Cristo camina con nosotros. Francisco sufrió incomprensiones, enfermedades y decepciones, y siguió cantando; ante la muerte compuso su canto de alabanza.

Cuidad esta alegría: es el regalo más bonito que podéis ofrecer a la Iglesia y al mundo.

«Yo he cumplido con mi parte; que Cristo os enseñe la vuestra»

La tradición nos transmite las palabras que Francisco dirigió a los hermanos antes de morir: «Yo he cumplido con mi parte; que Cristo os enseñe la vuestra». Atraviesan ocho siglos y hoy llegan a cada uno de vosotros. Son la entrega de un hombre que lo dejó todo en manos de Cristo.

Os deseo que mantengáis viva esta chispa y que dejéis que el Espíritu del Señor la reavive cada día. Es a través de hombres así como el Señor sigue renovando nuestra Orden, mucho más que con nuestras estructuras o nuestros programas.



Mientras celebramos el octavo centenario del tránsito de nuestro padre San Francisco, os encomiendo a cada uno de vosotros a la intercesión de la Inmaculada Virgen María, de santa Clara y de todos los santos franciscanos.

Que el Señor cuide de vuestra vocación y os permita perseverar en la alegría hasta el final.

Con cariño os bendigo y os acompaño en la oración.

Fraternalmente,



Fr. Massimo Fusarelli OFM

Fr. Massimo Fusarelli OFM
Ministro general



ORDO FRATRUM
MINORUM

Curia Generalis
Via di S. Maria Mediatrix, 25
00165 Roma, Italia
www.ofm.org